

Consideraciones sobre el lugar del exilio de 1939 en la construcción de la historia de la literatura española

José-Carlos Mainer

RESUMEN:

Este artículo reflexiona sobre la idea de que, pese a haber desaparecido los impedimentos políticos que dificultaban el conocimiento de la obra literaria del exilio republicano, su estudio sigue siendo hoy en día “una opción de sentido moral muy denso”, para, a continuación, proponer una aproximación que incorpore el análisis filosófico y antropológico y sitúe la literatura exiliada, más que en una narración lineal de la historia de la literatura, en un horizonte integrador en continua renovación, como una forma de continuidad más que como un capítulo cerrado y autónomo.

Palabras clave: Exilio republicano; Literatura española; Siglo XX; Historia de la literatura.

ABSTRACT:

This article meditates about the idea that, in spite of the political impediments that hindered the knowledge of the literary work of the Republican exile, its study continues being today “an option of very dense moral sense”, for, hereinafter, to propose an approach that incorporates the philosophical and anthropological analysis and locate the exiled literature, more than in a lineal narration of the history of the literature, in an integrative horizon in continuous renovation, in a form of continuity more than in a closed and autonomous chapter.

Key words: Republican Exile; Spanish Literature; XX Century; History of the Literature.

EL EXILIO COMO SITUACIÓN

No hay Historia —con mayúscula— si el ayer que evocamos no nos dice algo que podamos incardinar en nuestra experiencia de hoy. Y, simultáneamente, no se debería escribir una sola línea que contribuya a esa Historia si no nos la dicta una sin-

cera pasión: inclinarse sobre el ayer para saber algo más de nosotros mismos y de nuestro presente. Lope de Vega no escribió más de un millar de comedias para que un montón de filólogos haga ediciones críticas, ni Cernuda escribió *Desolación de la quimera* para que nuestros alumnos midan sus endecasílabos. Quienes, desde la España del franquismo, empezamos a estudiar —mal o bien— los textos y los nombres del exilio, llegamos a ellos por un imperativo moral. Casi nadie nos los explicó en las aulas y conocerlos fue reconstruir nuestra propia historia, buscar nuestros verdaderos maestros y, al cabo, una etapa decisiva en la creación de nuestra conciencia política. Los descubrimos en pesquisas interminables en librerías de viejo, en la trastienda de libreros amigos que traían volúmenes argentinos o mexicanos y también en las páginas memorables de las monografías sobre narrativa de Eugenio García de Nora, de José Ramón Marra-López, Domingo Pérez Minik y Juan Luis Alborg. O en alguna reseña que venía en la memorable *Ínsula* de Canito y Cano (tan distinta del soso boletín profesional de centenarios, a cargo de grupillos y escuelitas filológicas, en que hoy se ha convertido) y en el atractivo y equívoco *Índice* de Juan Fernández Figueroa. O en las páginas de aquellos *Papeles de Son Armadans*, memorable invención de Cela.

Hoy, por supuesto, ya no subsisten aquellas condiciones que estoy muy lejos de echar de menos. Pero estudiar el exilio sigue siendo una opción de sentido moral muy denso. También es posible que el alejamiento de aquella inmediatez que nos aquejaba a finales de los años sesenta y primeros setenta, haya favorecido un conocimiento más cabal. Sin urgencias, sin deslumbramientos, sin aquella relación casi personal con los maestros perdidos, es posible que las nuevas promociones de estudiosos tengan una perspectiva más amplia del fenómeno. Y es posible que una cierta *despolitización* de sus motivos, les deje ver con mejor luz otras dimensiones. Por ejemplo, que la condición del exilio y del exiliado es una situación humana que requiere, de entrada, el análisis filosófico y antropológico. Hay una larga historia de destierros que han marcado a fuego la autopercepción de algunos pueblos (pensemos, sobre todo, en el destino de Israel) y, a la vez, todos los hombres somos desterrados de algo (de la infancia o del paraíso: en el senequismo la noción de exilio es central y los cristianos se ven en la *Salve Regina* como “*exules filii Evae*”). Por otro lado, hay una tradición de exilios españoles (judíos de 1492, moriscos de 1609, afrancesados de 1814...) que los emigrados de 1939 tuvieron muy presente y que vieron como una constante histórica ideal que les vinculaba al pasado (todo pasado se construye en función del presente): no es casual que Américo Castro concibiera *España en su historia* como un conflicto de exclusiones, ardiendo en el centro de la “morada vital” hispánica, o que Vicente Llorens estudiara con tanto tino el episodio inglés del romanticismo español en

Liberales y románticos. Ni lo es que el primer estudio de la disidencia krausista viniera de la mano de un emigrado, Juan López Morillas. Ni que José Fernández Montesinos realizara en el destierro un vasto proyecto de análisis de la narrativa del siglo XIX que, entre otras cosas admirables, reconstruye la difícil pero necesaria convivencia de la España reaccionaria y la España liberal a lo largo de la centuria. Aquellos profesores exiliados supieron muy bien que elegir un tema de estudio es algo más que un azar.

Pero el exilio español de 1939 tuvo también una fuerte dimensión histórica e ideológica que nunca deberemos perder de vista. Su contexto no fue meramente español. Sus primeros pasos coincidieron con los años de la guerra mundial y la primera posguerra y por tal cosa, de modo obvio, la explicación de la guerra civil y de la derrota que elaboraron las víctimas se incardinó en la lucha antifascista de las potencias democráticas. Al vincularse la mayoría de los intelectuales a países de América Latina, la consideración del exilio español nos obliga a afrontar temas muy sugerentes: la convivencia, a menudo difícil, del nacionalismo de los países receptores y el nacionalismo español de los recién llegados; el acercamiento de los intelectuales españoles a lo americano, ya sea lo indígena, ya lo hispánico; la relación dual (y hasta esquizofrénica) con un público real —emigrado y americano— y con un público meramente potencial —el español al otro lado del mar—... No debe olvidarse que los españoles de 1939, intelectuales de una sociedad todavía arcaica pero más fluida que en 1920, desembarcaron en sociedades de politización muy alta, fuerte nacionalismo cultural (recordemos la “polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica”, suscitada por Giménez Caballero en 1927) y universidades activas y emergentes. Argentina y Cuba tenían un nivel de vida notablemente más alto que el de España; México, Santiago de Chile, Buenos Aires o La Habana eran ciudades más cosmopolitas que el Madrid y la Barcelona de 1936 (y no digamos, por supuesto, de 1940...). Son datos que deben tenerse en cuenta porque el legado cultural del exilio español es mucho más *internacional* que el legado de la España del interior.

Manuel Aznar Soler nos ha prometido hace tiempo una antología de textos básicos sobre el exilio. Yo, que imparto este año un curso de doctorado sobre «Los primeros años del Exilio» (en el marco del programa interdisciplinar e interdepartamental «La España del siglo XX: historia y cultura»), no he podido esperar su aparición y he anticipado a mis alumnos un pequeño *dossier* de fotocopias, relacionado con los libros que han de estudiar (*Las nubes*, de Cernuda; *San Juan*, de Aub; *El rey y la reina*, de Sender, y *La cabeza del cordero*, de Ayala). Tres de los textos pretenden patentizar ante los alumnos el drama humano del exilio. He transcrito la carta de Pedro Salinas

a Germaine Cahen, la esposa de Guillén, enviada desde Wellesley en marzo de 1937: allí habla de “el grupo de amigos deshecho, Dios sabe para cuándo” y de la sensación de que “estábamos despidiéndonos de algo, de muchas cosas, de una vida que ya no podía volver (...). Nuestra vida está fatalmente escindida en dos pedazos”. Otro texto es de María Zambrano, en su libro *Delirio y destino (los veinte años de una española)*, que publicado en 1988 debió de ser escrito a principios de los cincuenta. Es el capítulo «Hacia el Nuevo Mundo» donde evoca sus últimos días en España y los primeros en Francia: cómo ha doblado cuidadosamente el uniforme militar de su marido, Alfonso Rodríguez Aldave, y él le ha advertido “Guárdalo sin limpiar —y volvió la cabeza para otro lado— porque ya sé que no me lo pondré más”. Y luego, en el barco que los lleva a Cuba, en medio del océano, piensa: “Realmente ¿dónde estaban? Realmente ¿quiénes eran?”. El tercer y último texto es el artículo «Fin del exilio y exilio sin fin», de Adolfo Sánchez Vázquez, y lo publicó el GEXEL en el libro *Recuerdos y reflexiones del exilio* (1997). El destierro no acaba nunca, nos dice su autor, aunque cesen las circunstancias que lo dictaron: “Y entonces el exiliado descubre, con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y tanto si vuelve como si no vuelve, que jamás dejará de ser un exiliado”.

Es materia opinable el lugar y modo en que las letras del exilio han de ocupar en la historia de la literatura española. Para eso estamos aquí los ponentes de esta reunión. Pero estos tres textos en carne viva deberían ser lectura obligatoria para todo español que estudie aquélla. No debería haber manual o antología de bachillerato que no los reprodujera, ni manualista o antólogo que no los tuviera presentes al inicio de su trabajo. Yo, por lo menos, he querido que mis alumnos los lean, al lado de otros cinco textos que completan el *dossier* del que vengo hablando: la carta que Max Aub escribió a Roy Temple House (*Cuadernos Americanos*, 1949); el artículo de Ayala «¿Para quién escribimos nosotros?», de la misma fecha; el «Historial de un libro» (1958), de Luis Cernuda, y los prólogos de Sender a las ediciones americanas de *O. P.* (1942) y *Los cinco libros de Ariadna* (1957). Todos ellos revelan la grandeza de sus autores. Todos expresan a la perfección que el exilio es una situación y también un modo de conciencia literaria. Cumplido casi satisfactoriamente el periodo de descubrimiento y recuperación del exilio, bueno será empezar a trabajar a partir de ese segundo principio.

EL EXILIO DE 1939 ANTE LA HISTORIA DE LA LITERATURA

Las consecuencias de todo lo dicho hacen más arduo y sugestivo el problema historiográfico de la integración de la obra del exilio en la historia general española. ¿Habrá de hacerse como un episodio marginal y ya cerrado? ¿Como algo que debe integrarse plenamente, buscando posibles concomitancias entre la diáspora y el interior, o incluso prescindiendo de los hechos históricos determinantes en búsqueda de una unidad espiritual? ¿Como una historia paralela en la que el exilio representó la continuidad del periodo “liberal” 1898-1936 y la literatura del franquismo, lo patológico?

El problema concierne directamente a la propia noción de «historia de la literatura», si pensamos que ésta ha de ser capaz de integrar las diferentes dimensiones del hecho literario. Y que, en definitiva, la historia de la literatura es una articulación de sentido que debe adoptar la forma de horizonte integrador, más que la de una narración lineal, y preferir conformarse como proyecto en permanente renovación, más que como constitución de un canon estable. En ese orden de cosas, el exilio de 1939-1975 nos propone algunos elementos de reflexión historiográfica que recojo a continuación en forma de simples enunciados.

1) Urge la reconsideración de lo que se quebrantó, en lo que tiene de recapitulación de unas instituciones literarias. El arranque del exilio no es, en tal sentido, 1939 sino el proceso intelectual abierto en 1900, más o menos: la conformación de un público lector, la constitución de unos grupos influyentes, la actividad simultánea de varias generaciones en activo, la huella de polémicas pasadas. No es ejercicio vano reconstruir las líneas maestras de una sociedad literaria que en 1936 había alcanzado un significativo punto de madurez y diálogo (y también de conflicto) entre grupos bien caracterizados y sobre la que ya actuaba una incipiente pero significativa «cultura de Estado». En tal sentido, la reiterada evocación que Max Aub hizo a lo largo de toda su vida de un futurible sin el episodio de la guerra (pensemos, al respecto, en su imaginario *Discurso* de ingreso en la Academia), debiera ser otro texto de lectura y meditación obligada.

2) En consecuencia, hay que tener muy presente el difuso pero evidente ideal de reconstrucción de una cultura española provisional y paralela por parte del exilio; continuidad que, de forma llamativa, también comparece en el interior a despecho de las dificultades. Cada cual por su lado, se afana en completar el proyecto cultural pendiente: la importancia que, en ambas sociedades literarias, adquiere el ensayo universitario de interpretación, la recuperación de la novela como lugar de reflexión y sín-

tesis sobre la vida común, la fundación de revistas con vocación de “revistas nacionales”, son elementos que urge comparar. La visión de la cultura española del interior entre 1939 y 1950 como un “erial”, salpicado de genialidades aisladas, es una simplificación que también conviene reconsiderar. Y paralelamente, interesa reconsiderar también los proyectos del exilio como tales y no sólo como lugares de encuentro de personajes.

3) El diálogo de las dos Españas es una evidencia sobre la que se debe insistir. La aguda reflexión de Francisco Ayala en «¿Para quién escribimos nosotros?» y la interesante meditación de Aranguren en 1952 sobre el “nacionalismo” de los exiliados («La evolución intelectual de los escritores españoles en la emigración», incluido en el libro *Crítica y meditación*) son dos textos sobre los que se debe volver; ambos son provocaciones en el mejor sentido de la palabra, donde, sin duda, se barre para casa pero se marcan con precisión dos fronteras significativas: Ayala piensa, por elevación, en la integración del exilio en su nueva textura americana y en abandonar la cultura de *ghetto* y Aranguren aspira a una suerte de armisticio intelectual y a un regreso general a una cultura única, nacionalista, suavemente liberal y tocada de humanismo religioso. Son los dos textos más significativos pero hay otros muchos: lecturas confrontadas del exilio por parte del interior y viceversa, que hacen que nunca se borre del todo la idea de vivir un paréntesis.

4) El diálogo más significativo es el de finales de los años sesenta, más allá de la breve esperanza de 1952-1956 (la efímera etapa de Joaquín Ruiz Giménez al frente del Ministerio de Educación Nacional) y cuando una parte significativa del exilio se ha dispersado y han desaparecido muchos elementos de integración. Desde la España interior, los acontecimientos son capitales: una generación más joven lee a sus maestros perdidos de los que hablan, como más arriba he recordado, revistas como *Papeles de Son Armadans*, *Índice* e *Ínsula*. Experiencias como la muerte de Luis Cernuda y el inmediato interés que suscitó en España su lectura, o episodios editoriales como la colección «El Puente», merecen un estudio detenido.

5) Una historia de la literatura no es solamente, sin embargo, la reconstrucción de un contexto y de una red de relaciones y proyectos individuales y colectivos. Ha de ser también una explicación convincente de las opciones estéticas: en tal sentido, convendrá tener presentes cómo se desarrollan propósitos creativos nacidos antes de la contienda y desarrollados ampliamente tras ella. Casos llamativos son los de la continuidad de la obra de Guillén y Cernuda como textos unitarios, o los pasos de Juan Ramón Jiménez tras la construcción de la *Lírica de una Atlántida* (no deja de ser lla-

mativo que el mismo referente presida el empeño de la obra de Falla en su destierro de Altagracia): todos estos trabajos comportan y explicitan lo que arriba he denominado *conciencia literaria de exilio*. Pero no es sólo la poesía... El proceso de construcción del corpus narrativo senderiano —tras su ruptura con el comunismo y su peregrinación a lo *ganglionar*— niega pero también afirma el período anterior a la guerra: *Crónica del alba* es un exorcismo de la inocencia perdida que comporta la previa muerte del narrador, Pepe Garcés, y la sobrevivencia culpable... de Ramón J. Sender. Lo mismo que el de Max Aub: el título de *El laberinto mágico* y la polisemia de la palabra “campo” son elecciones onomásticas que hacen reflexionar. ¿Por qué la guerra es un “laberinto” y por qué es “mágico”? ¿No es “campo” una noción que apela a un espacio físico pero también a un palenque de contienda e incluso a un tema? El estudio de estas trayectorias como tales, el diálogo que mantienen con el pasado personal, la constitución interior de una expectativa de público lector, etc. son rasgos a los que debe atender una futura historia de la literatura.

En conclusión: 1) el exilio no es un capítulo cerrado y autónomo sino una forma de continuidad y como tal debe ser estudiado: todo empieza antes de 1936 pero nada concluye en 1975, al cancelarse las razones del destierro. 2) La obra del exilio debe inexcusablemente figurar en cualquier historia de la literatura española y, en la medida de lo posible, confrontada a lo que se produjo coetáneamente en el interior del país y, allá donde proceda, no debe ser separada de lo que continuaba: no hay razón para estudiar en capítulos distintos el Guillén «español» (anterior a 1939) y el Guillén «americano». 3) No es admisible el estudio del exilio como “excepción benévola contemplada”. Poco habremos avanzado si sus estudiosos se convierten a sí mismos en una suerte de abnegada O.N.G. y al olvido sucede un entusiasmo puramente caritativo. Conviene no volver a repetir que la novela española resucitó con *La familia de Pascual Duarte* en 1942, porque en 1939 apareció *El lugar del hombre* y en 1942, el primer tomo de *Crónica del alba*; ni se puede sostener que *Hijos de la ira* y *Sombra del paraíso* abren en 1944 la poesía de postguerra porque *Las nubes* se publicó en 1940 (a lo mejor, el fondo común holderliniano de los poemas paradisiacos y algunos de Cernuda nos sugiere una explicación); ni que *Historia de una escalera* es la vuelta de la realidad al teatro nacional, porque, años antes, ahí estaban impresos *San Juan* y *Morir por cerrar los ojos*. 4) Urge pasar del estudio descriptivo y recopilatorio al estudio genético: del exilio como tema hay que pasar al exilio como razón y origen.